

Los sacerdotes examinaron las entrañas de las víctimas, y declararon que el cielo aprobaba este himeneo. Uno de ellos tomó la corona del esposo y la puso sobre la cabeza de la esposa, y con la corona de esta cubrió la de Filotas.

Volvióse del templo con el mismo orden y repitiendo los mismos cantos. Cuando los dos esposos llegaron á su puerta, se pusieron sobre sus cabezas un canastillo de frutas, presagio de la abundancia de que debían gozar: se llevó á su aposento la antorcha del himeneo, y se la dejó arder allí. Crisila ofreció ramilletes á los jóvenes celibatarios, diciéndoles: « Casaos tambien. »

Pusose la mesa del banquete cerca de la fuente, bajo unos álamos cuya sombra se había espesado con ramos verdes y cerrados: guirnaldas de flores caían en colgantes bajo esta umbría bóveda en la cual se respiraba una deliciosa frescura.

Al principio de la comida Diocles dió una copa de vino á su hijo, quien la llevó á sus labios y la presentó despues á su muger: esta, despues de haber bebido de ella, la pasó á los parientes, y de las manos de estos la copa circuló por todos los convidados. Acabado el festin, se cantó y se bailó una parte de la noche. Al acostarse los esposos, se les cantó un epitalamio; y cuando despertaron, otro.

Esta boda campestre, este cuadro risueño de la felicidad, llenaron mi alma de dulces emociones; se dilataba á la vista de la dicha de estos tiernos esposos. ¡Cuan felices eran! no respiraban mas que para amarse, para decirselo, y para partir sus placeres y sus penas. Algunas veces Crisila armada de una podadera limpiaba los árboles bajo la direccion de Filotas, ó sosteniendo una regadera humedecia las tiernas flores. Filotas á su vez, cuando la intemperie del aire suspendia sus trabajos, sentado al lado de su muger, la leía los idilios de Teocrito, ó algun diálogo de Platon.

CAPITULO XXI.

Carta de Lastenia.

IBA pasando el otoño, y la oliva prestaba su jugo á esfuerzos de la prensa. La hoja casi seca se desprendia ya de los árboles, y alfombraba el suelo: ¡triste imágen de la vida humana, cuando la ancianidad nos despoja de nuestro adorno! Escribí una carta á Lastenia, en que la rogaba que se compadeciese de mí, y que viniese á visitar mi asilo ántes de los rigores del invierno.

Me respondió que no podia abandonar á

Aristipo cuya salud declinaba; y ademas (continuaba diciendome) tu pérdida me ha costado mucho. La filosofía es una égide muy endeble contra las penas del corazon. ¡Que fuertes somos en la especulacion, y que flacos en la práctica! Pero pienso que los Dioses, cuando nos separáron, usáron con nosotros de mas indulgencia que crueldad, porque ya habíamos apurado las delicias del amor, y llegados á este apogeo habíamos precisamente de bajar. Ahora, por lo menos, la memoria de aquellos rápidos dias de felicidad acompañará nuestra vida con muy risueñas ilusiones, y nos inspirará dulcísimos sueños; y en aquellos instantes melancólicos en que el alma penosa y abatida necesita de un nuevo espíritu de vida, retrogradará nuestro pensamiento á aquellos períodos de tan corta felicidad, y nos transportará bajo aquellos plátanos hermosos, al jardin que llamábamos nuestro Tempe, en donde las agradables conversaciones, las lecturas y el amor hacian nuestras horas deliciosas. De esta manera, lo pasado estenderá sus beneficios sobre lo presente. Si el destino no nos hubiera sido contrario, tu imaginacion se hubiera insensiblemente resfriado, no me hubiera engalanado mas con sus hermosos colores, y hubiera llegado dia en que yo no habria sido á tus ojos mas que una muger ordinaria.

Aprovechate de la juventud para viajar; imita á nuestros grandes filósofos. Pitagoras, Platon, Democrito y Solon fuéron á coger los frutos de la sabiduría á los climas donde se daban; que aunque Solon sostiene que es necesaria la edad de cuarenta años para viajar útilmente, yo me atrevo á ser de otra opinion. El tiempo de la juventud me parece propisimo para viages, con tal de haber adquirido noticias preliminares, y aptitud para meditar.

Zenon, fundador de la secta estoica, fué á ilustrarse sobre una gran duda. Murió de un siglo menos dos años, diciendo: «Hago mi último esfuerzo para llevar lo que hay en mí de divino á lo que hay de divino en el universo.» Nunca padeció enfermedades. ¡Privilegio hermoso! sesenta y ocho años se aplicó á la filosofía. Los Atenienses, que alguna vez son justos, le erigieron un sepulcro en el Ceramico; y por un decreto público le dedicáron una corona de oro, y le hicieron honores extraordinarios: «Para que todo el mundo, dice el decreto, sepa que los Atenienses honran el mérito distinguido en vida y en muerte.» Zenon formó su sabio tomándose por modelo á sí mismo. Decia, «que si los sabios no debian amar, como algunos filósofos opinaban, compadeceria mucho á las mugeres virtuosas y lindas, pues habrian

de tener por amantes á los necios.» Sostenia que una parte de la ciencia consistia en ignorar las cosas que no se debian saber. « Un Estoico verdadero, repetia con frecuencia, vive en el mundo como si nada tuviese en propiedad, y ama á sus semejantes, y aun á sus propios enemigos; su estudio particular es el de su alma. Para rectificar su conducta, examina de noche todo cuanto ha hecho de dia, fiscaliza sus faltas, busca el testimonio de su conciencia, huye de las alabanzas y de las honras; vive complacido en la oscuridad; y ni las pasiones ni los afectos tienen imperio alguno sobre él.» Admitia un destino invencible, que es un sistema peligroso. Cierta dia que castigaba á su criado por un robo, este exclamó: « Mi destino era robaros. — Y ser apaleado por mí, » le respondió el filósofo. — Habrás oido hablar del platónico Silanion, que no ha mucho volvió de sus viages: es hombre de gran talento, y lleno de conocimientos útiles, pero marcado con el sello de la singularidad. Dicen que tiene vergüenza de estar alojado en un cuerpo; y por lo mismo ni quiere dejarse retratar, ni tampoco declarar su pais y su familia. Nunca se baña, desecha todo remedio humillante, no come ninguna especie de carne, vive con poco, y aun suele abstenerse de pan; lo cual junto con la intensa meditacion de su

espíritu es causa de que duerma poquísimo. Todo lo que compone participa de su originalidad. Jamas lee lo que ha escrito, y forma mal las letras, y descuida la ortografia. Es tan fuerte su meditacion, que dispone en su cabeza toda una obra, y nada muda al escribirla. Nunca pierde de vista su plan; y cuando le interrumpen, transporta su entendimiento al asunto de que le hablan, y lo discute y lo termina sin distraerse de su trabajo, el cual vuelve á tomar sin leer ni aun las últimas líneas.

Leo de nuevo á Platon, mas confieso que no puedo seguirle en su sublime metafísica: sin duda que mi sexo no tiene la cabeza bastante fuerte para penetrar en sus profundidades. El mundo sensible es, segun él, la idea de un ser intelectual, idea increada y manifestada exteriormente. « La verdad es para Dios, la verosimilitud para el hombre. » No pudiendo comprender todas estas bellas ideas, arrojé el libro con enfado, pero le vuelvo á tomar luego para leer su Fedon, y esta lectura me arranca lágrimas. No sé que ciudad griega pidió una estatua á un estatuario célebre, dejandole la eleccion del asunto. « No os esculpiré un luchador, dijo el estatuario, teneis bastantes atletas; prefiero la virtud á la fuerza: tampoco os esculpiré un guerrero, este mérito es comun: en

cuanto á vuestros tiranos, mas bien romperia sus imágenes: podria representaros á vuestros Dioses, pero teneis tantos en vuestros templos...» Entónces el pueblo le dijo: «¿Que nos harás pues, estatuario? — Lo que hay mas raro sobre la tierra: un hombre que muere por la verdad;» y trabajó á Socrates espirando.

Cuando leo el Fedon, veo á la virtud luchando contra la injusticia y el crimen.

Alabemos para siempre el valor de Socrates, que en la muerte de su maestro (Socrates) osó presentarse de duelo en Atenas, desafiando á sus bárbaros jueces y á este pueblo asesino. Guerreros que han ganado batallas, no tendrían esta intrepidez.

Ahora acaban de decirme que van á quemar los escritos de Protagoras, porque dice en uno de sus Tratados: «No puedo asegurar si hay Dioses.» Estaba dada la orden para prenderle, mas por fortuna suya se escapó. Fué célebre el destino de este famoso sofista: era un ganapan; y habiendole encontrado Democrito, cargado de hacecillos de leña colocados en un equilibrio geométrico, concibió alta idea de su talento, y le admitió en el número de sus discípulos.

A dios, amado amigo mio. ¿Te acuerdas de las Androginas de Platon? «Los Dioses, dice en su Banquete, formáron primero al

hombre de figura redonda, con dos cuerpos y dos sexos, y aquello le hizo insolente, tanto que se atrevió á hacerles la guerra. Iba Jupiter á destruirle; pero considerando que destruía al género humano, se contentó con debilitar la Androgina, cortandola en dos mitades. Mandóse á Apolo que las perfeccionara. Desde entónces cada mitad se busca, se desea, y se arrastra la una ácia la otra (28).» ¡Ay, mi Antenor querido! yo soy la mitad separada de tí. Conozco que mi alma ha perdido la mitad de sí misma: me enternezco, me melancolizo, y derramo lágrimas. ¡Con que no hay felicidad permanente sobre la tierra! ¡Ay mi amigo! ni el salto de Leucades ni el paso del Cocito extinguirán el amor que me agita y me consume. Mantente bueno, y se dichoso.....

Esta carta encrudeleció mis dolores y mis penas. Quise disfrazarme, y regresar á Atenas para ver otra vez á mi amable y digna amiga; pero el sabio Diocles me contuvo, poniendome á la vista el cuadro terrible de la desesperacion de Lastenia, si era yo conocido y castigado de muerte á sus mismos ojos.

CAPITULO XXII.

Pasa el invierno en casa de Diocles. Ceremonia del Tauróbolo. Querella entre los dos esposos. Historia de Arquias.

PASÉ el invierno en compañía de aquella estimable familia; el estudio ocupó mis ocios. Leí y releí á Euripides, á Homero, á Herodoto y á Tucídides. Adorné mi memoria con bellos versos, y con las riquezas de aquellos ingenios grandes. ¡Dichoso el que nace con afición al estudio, y con inclinacion á vivir solitario en el santuario de las Musas! Ese es el que goza del reposo sin desmayo, y de un placer siempre nuevo: aunque solo, se halla cercado de amigos que alegran su retiro. Pasaba yo las largas noches entre mis huéspedes, junto á su hogar. Su honrada franqueza y sus conversaciones sencillas me tenían mas entretenido aquel rato que lo demas del dia. El sabio Diocles nos contaba los varios sucesos de su vida y los pasages de su tiempo. ¡Con que ansia le escuchábamos! Hizonos frecuentemente la narracion de un sacrificio espíatorio, llamado tauróbolo, que era una ceremonia rara á que se sometió Diomedon, jóven Megariano. Le conocí, nos decia, en

Efeso, en tiempo que iba yo huyendo de Tebas y de mi Eufemia querida. Nos embarcamos juntos para Corinto. Refrescó el viento, mugió el mar, se hinchó, y atormentó una borrasca deshecha á nuestra débil nave. Yo, que llevaba á disgusto el peso de la vida, miraba la borrasca y la muerte con mucha indiferencia; pero Diomedon, que era débil, supersticioso y libertino (cualidades al parecer opuestas, aunque emanadas del mismo principio, que es la debilidad del alma), invocaba á voces á Neptuno, á Tetis, y á todos los Dioses. Bias, que era uno de nuestros sabios y que iba con nosotros, miraba con lástima tanta pusilanimidad; se llegó á Diomedon, y le dijo: « Calla, no sea que los Dioses reparen en que vas en este navío. » Ni el sosiego de Bias, ni sus bufonadas animaron el valor de Diomedon; y como la borrasca continuase, hizo voto de que, si los Dioses le salvaban, espiaria sus culpas, y se regeneraria con el sacrificio del tauróbolo.

Asi que desembarcó en Corinto, cumplió con su voto, y quiso que yo fuese testigo de ello. Mandaron los sacerdotes escavar un hoyo bastante profundo. Bajó á él Diomedon, ceñida la cabeza con las cintas sagradas, y con una corona y otros ornamentos misteriosos. Asi que estuvo en la hoya, la cubrieron con una tapa de madera agujereada por

varias partes. Trajéron un toro coronado de flores, cuyos cuernos y frente estaban salpicados con laminas de oro. Lo degollaron con un cuchillo sagrado, y su sangre fué á caer en la hoya por los varios agujeros de la tapadera; y Diomedon, avaro de aquella sangre preciosa, presentaba el rostro, las espaldas, los brazos, y todas las partes de su cuerpo, para recoger en ellas hasta la última gota. Salió de la hoya espantable. Me parece que todavía le veo con el pelo, la barba y el vestido empapados en sangre; pero purgado de sus delitos, y regenerado para la eternidad. Mas, no obstante, aseguran que aquella ceremonia es preciso renovarla cada veinte años, ó que, sino, desaparece su virtud.

La paz que reinaba en el asilo de Diocles parecia como querer desampararlo. Levantábanse nubes en su horizonte: los zelos agitaban el alma de Filotas, y conturbaban la felicidad de ámbos esposos.

Algunos dias habia que Filotas se mostraba rezeloso, pensativo y taciturno. Cuando Crisila le hablaba con timidez y dulzura, él callaba, ó respondia agriamente. Al instante bullian las lágrimas en los bellos ojos de aquella tierna esposa, y se conocia que se esforzaba á contenerlas, especialmente delante de su padre.

Una tarde que me volvia del paseo á causa de la lluvia, la encontré recostada sobre una roca empapada del agua que caia, hinchados los ojos de llorar, é insensible á lo riguroso del tiempo. Lleguéme á ella, la enjuagué lo mejor que pude, procuré calentar sus manos delicadas, y la acompañé á una cabaña vecina, que servia de majada. Allí, despues que se le hubo desahogado el corazon, me contó, y no sin sollozos, que habia trabajado secretamente para Filotas una túnica de lana, la cual acababa de presentarle, diciendole: «Esta es obra mia, llevala por el amor de mi;» pero que su respuesta habia sido hacerla pedazos, y que ella moriria de dolor. Diciendo esto, lloró y sollozó mas amargamente. Yo desplegué mi elocuencia para consolarla, y la prometí hacer de manera que se me explicara su esposo, para saber el motivo de tan imprevista mudanza.

Busqué á Filotas, y le encontré poseido de un pesar negro y amargo. Primero se negó á abirme su pecho, pero despues de vivas instancias dejó escapar su secreto. Dijo-me que de algunos dias á aquella parte encontraba todas las mañanas flores y ramos de mirto y de laurel colgados á su puerta; que habia oido muchas noches tocar una lira y cantar unas coplas; y que todo aquello era consecuencia de algun amante oculto. — Aun

cuando fuera, le dije, algun amante, ¿en que es culpable Crisila, que lo ignora? Pero quiero aclarar vuestras sospechas, y mostraros cuan injustas son.

A la media noche me subí á un árbol grande que habia enfrente de la casa, y en él aceché la llegada del galan rondador; y no quedáron mis esperanzas frustradas. Al apuntar la aurora, se acercó un hombre á la puerta, colgó sobre ella guirnaldas, tomó su lira, y cantó y bailó á un tiempo mismo. Parecióme que aquel amante no podia ser muy peligroso, siendo tan alegre. Bajéme del árbol con mucho silencio, y le cogí por detras. El quedó sorprendidísimo, pero mi aire risueño le sosegó. Preguntóme ¿que queria, y si era su competidor? — ¿Quién es vuestra dama? le repliqué. — Es una divinidad, me repuso; es una gracia amabilísima; en fin, es la preciosa Crisila: y dicho esto, volvió á su canto y á su baile. Asi que ví yo que su pasion no tenia síntomas tristes, me divertí con ella; pero súbitamente salió Filotas con una lanza en la mano, y dió sobre su jovial competidor. « ¡Traidor! gritaba, morirás á mis manos. » Tuve que esforzarme muchísimo para oponerme á su furia, mientras su adversario, tan alegre y sereno como al principio, continuaba su pantomima y sus coplas, irritando por lo mismo mucho mas á nuestro zeloso.

Empezaban á distinguirse ya los objetos, cuando Filotas, que habia mirado mas atentamente á su competidor, exclamó: ¡Oh cielos! ¡Arquias es! ¡Por Jupiter, que soy mas loco que él! ¡cuanto me avergüenzo de mis sospechas! — ¿Quién es ese Arquias? le pregunté. — Seguidme, me respondió, y os contaré su historia.

Ese Arquias, continuó Filotas, es de una de las mejores familias de Oropa; tenia talento, y cultivaba con utilidad la poesia y la música; pero nació con una imaginacion tan viva y con un corazon tan tierno, que iba de hermosura en hermosura rindiendo á todas vasallage. Seguia el carro de la graciosa Foloe, cuando vió á la bella Teona que oscurecia á sus competidoras, como el astro de la noche oscurece á las estrellas. Desde la vez primera que Arquias la vió, quedó ciegamente enamorado de ella. Consiguió agradarla, y tambien que aceptara su mano y su amor. Foloe disimuló su despecho; pero luego que supo el matrimonio, ya no pensó en otra cosa que en venganza. Tenia un hermano, llamado Conon, amante desgraciado de Teona, á quien Foloe inspiró su rabia; y he aquí cual fué su conjuracion. Cayó enferma Teona, y esto retardó la celebracion del casamiento. Foloe, que la trataba como amiga, la pidió que la dejase pasar una noche á su lado para cui-

darla, y lo consiguió con sus instancias y falsas caricias. Habia convenido con su hermano en vestirse aquella noche como su competidora, y presentarse á la ventana bajo su nombre; y que, asi que estuviere en ella, llegaría Conon á enamorarla, y pedirla que le admitiese en su casa, y que entónces bajaria ella á abrirle la puerta. Era preciso que Arquias fuese testigo de aquella cita. Un papel anónimo le advirtió que Teona fingia estar mala para romper su concertado himeneo, y casarse con Conon á quien amaba, y á quien habia dado una cita para la siguiente noche. Aquel papel hizo por lo pronto poca impresion en Arquias, y lo tuvo por una malignidad mal tejida; pero pensó mas en ello, y meditó las frases. Volvió á rechazar las sospechas, mas ellas le atormentaron de nuevo. En esta perplejidad sobrevino la noche indicada. Determinóse pues á meterse en el zaguan de una casa contigua á la de su amada, muy persuadido á que su acecho seria inútil.

Llegó Conon, se acercó á la puerta de Teona, hizo una seña, y abrieron la ventana. — ¿Eres tú, Conon? le preguntó una voz débil y tardía. — Sí, amada Teona: yo soy el amante que te adora, y que viene á impedir tu casamiento con Arquias, ó á morir á tus piés: ruegote que bajes, porque tengo que confiarte un secreto.

El desgraciado Arquias escuchaba lo mismo que no se atrevia á creer; pero la falsa Teona bajó, abrió la puerta, y recibió á su amante fingido.

Aquella odiosa escena hizo en Arquias una impresion tan pronta y tan terrible, que en el instante mismo se vió acometido de un acceso de demencia. Se han hecho para su curacion cuantos remedios hay conocidos, pero inútilmente. Su erotomania ha tomado un aspecto chistoso: á nadie ofende con ella, y acaso con ella es feliz. ¡Tan cierto es que conviene á veces atolondrar la razon para disfrutar alguna felicidad! Se pone á la puerta de los templos á ver pasar las mugeres; y si vé en algunas ojos hermosos, pié pequeño, ó talle airoso, se le exalta luego la imaginacion, ó el corazon se le inflama: desde entónces ya no duerme, templa su lira, y va á cantar bajo las ventanas del objeto adorado, donde pasa noches enteras. Esta efervescencia le dura unos quince dias, y despues corre tras nuevos amores. El infeliz amó nuevamente á la misma Foloe, que es causa de su desventura. Seis meses despues encontró á Teona en el templo de Minerva: miróla fijamente con triste ceño; y todos los músculos de su cara se encrepáron, pintandose alternativamente en ella el enojo y el dolor. Sacáron del templo á Teona, cuya alma sen-

sible y benigna no pudo resistir la vista de aquel triste espectáculo, y Arquias recobró luego su jovialidad. Veinte y cinco años ha que está así, porque tiene cerca de cincuenta; pero ni el cuidado de lo futuro, ni la cercanía de la vejez perturban su alegría ni sus amores. — Seria lástima, repuse á Filotas, volverle lo que llamamos razon, porque con ella no lograria mas que pesares é inquietudes.

En aquel instante venia ácia nosotros Crisila, triste, pensativa y temerosa. « ¡Ay! exclamó Filotas : ¡ véla allí ! ¡ cuantas culpas tiene que perdonarme ! voy á echarme á sus piés. » Hizose la reconciliacion, porque Crisila perdonó fácilmente. Confundiéronse sus llantos y caricias, y con ternísimas protestas selláron aquella paz que habia de ser inalterable.

En compañía de esta familia, que acaso era la mas dichosa de este globo, aguardé la vuelta de la primavera. La dulce templanza del aire, y la alfombra verde con que la tierra se cubria, anunciaban su llegada. ¡ Quien no olvidaria por algunos momentos su tedio y su miseria con la dulce serenidad de un bello día del mes de Muniquion (Abril), y con el aspecto del campo, risueño con flores y yerbas, oyendo el armonioso coro de los pájaros !

Determiné entónces seguir los consejos de

Lastenia, é ir á estudiar las costumbres y los usos de las naciones, empezando mis viages por el templo de Delfos, para consultar su oráculo sobre mi futuro destino. Este proyecto no se conformaba con la doctrina que habia yo aprendido en Atenas, donde las gentes ilustradas y de trato fino dejaban los oráculos y las preocupaciones supersticiosas para lo comun del pueblo. Pero el entendimiento humano es un estraño compuesto de debilidades, de razon y de inconsecuencias. Yo no creia en los oráculos, ó á lo menos lo imaginaba así; pero, con todo, mi curiosidad queria consultarlos.

Oprimido el ánimo de tristeza, me despedí de mis amables huéspedes, los cuales me acompañáron un gran trecho. Dandonos los últimos abrazos, llorábamos todos. El buen Diocles estrechandome en sus brazos me dijo : « Ya no os veré mas, porque mi tumba está abierta ; pero si pasáreis otra vez por Oropa, venid á echar en ella algunas flores, y á hablar de mí con mis hijos. »

CAPITULO XXIII.

Su llegada á Tebas. Hazaña de Milon de Crotona.

TOMÉ el camino de Tebas. Esta ciudad está situada entre los ríos Asopo é Ismeno: sus cercanías son amenísimas. Atravesé jardines y praderías. Desde lejos, sobre una eminencia, se vé la ciudadela. La ciudad está circundada de muros: se entra en ella por siete puertas, y se ven bellísimos edificios públicos, y soberbias estatuas; pero las calles no están tiradas á cordel, que es un defecto comun á toda la Grecia. Está la ciudad bajo la proteccion de Baco y de Hercules.

Encontré á Tebas agitadísima y llena de estrangeros, porque aguardaban al famoso Milon de Crotona, cuyas gloriosas hazañas en los juegos olímpicos habian estendido la fama de su nombre. Toda la ciudad salió á recibirle el día de su llegada: parecia un coloso, porque tenia seis piés de altura; su barba era negra y cerrada; sus cejas pobladas y casi juntas; sus brazos, piernas y ancho pecho escesivamente peludos; andaba descalzo, armado con una clava, y cubierto con una piel de leon, á imitacion de Hercules,

que era su modelo. Asi que el Proxenes de la ciudad le alojó (29), llegó un diputado del pueblo y de los magistrados á suplicarle que tuviera á bien hacer en la ciudad las mismas muestras de fuerza y de brio con que tanto se habia señalado en los juegos olímpicos. Milon se convino á ello, y advirtió á los magistrados que mandaran llevar á la palestra, al dia siguiente al salir el sol, un toro de cuatro años.

Antes de ser de dia, estaba ya el Gimnasio lleno de espectadores que de todas partes acudian. No tardó en presentarse el héroe. Marchó ácia los magistrados y ciudadanos principales, precedido de una tropa de músicos, y llevando como Alcides una corona de chopo. Luego que estuvo junto al toro, dió una ojeada á toda la concurrencia, la saludó, desató al animal, lo cogió, y se lo cargó sobre los hombros. Por todas partes resonaron gritos, aplausos y clamorosa vocería. Animado con el estrépito nuestro atleta echó á correr con su carga al derredor del recinto. Aumentáronse las estruendosas palmadas, juntamente con la algazara general. Despues de esta carrera dejó en tierra su pesada carga, y dió al toro tan vigorosa puñada en la cabeza, que el animal titubeó, cayó, y murió. Empezóse de nuevo el estruendo y la gritería, al ver aquella nueva hazaña. Milon entónces dijo á

los magistrados que si querian mandar asar al toro, él se obligaba á comerselo todo entero. Aceptáron la proposicion. Corriéron, se afanáron, encendiéron una grande hoguera, desolláron la bestia, y la asáron.

Miéntras tanto Milon pasmó á todo el pueblo con otro prodigio. Ciñóse estrechísimamente las sienes con una cuerda, contuvo el aliento, é hinchó de tal manera los músculos de la cabeza, que saltó la cuerda. Todo el gran concurso gritó llamandolo prodigio, y aclamando al héroe por superior á Hercules.

Despues de este esfuerzo, pasó á descansar bajo un pabellon que se habia levantado en medio de la plaza, y le circundáron los magistrados y los ciudadanos de mayor nota.

Preguntáronle sobre su alimento diario: « Necesito, respondió, diez y ocho libras de pan, diez y ocho de carne, y quince cuartillos de vino. » Preguntóle uno, en voz baja, ¿ si era tan prodigioso en el amor como en los demas ejercicios? « No me atreveria á vanagloriarme, respondió, de igualar á Alcides en sus cincuenta trabajos nocturnos. »

Tenia yo á mi lado á un anciano que se sonreia malignamente, y se encogia de hombros: le miré, y me dijo sin mas preámbulo: « Me causan compasion esos atletas; para fortalecerse mas, escogen los alimentos que

les parecen de mayor sustancia, como las carnes de cerdo y de vaca, y un pan muy grosero; pero ese esceso de nutricion no les da mas que una fuerza pasagera, y por otra parte nada valen para las fatigas de los viages y las de la guerra: tienen una estatura deforme, un entendimiento torpe, una inclinacion invencible al sueño, una gran disposicion á la apoplegia, y sobre todo esto sucede rara vez que conserven su vigor por mas de cinco años. Fuera de que yo me rio de todas esas proezas que acaba de ostentar Milon. Mas digno de elogio es lo que hizo un dia que asistió á las lecciones de Pitagoras. Fué el caso, que habiendose desencajado la única columna que sostenia el techo de la sala, él la sostuvo hasta que toda la gente salió fuera (30).

Me parece, le dije, que no gustais de los juegos del estadio. — No: ¿ que cosa mas horrible que ver campeones desnudos, destilando sangre, desgarrarse mutuamente el cuerpo con manoplas, desfigurarse el rostro, romperse los dientes, hacerse algunas veces saltar un ojo, á punto que frecuentemente una madre no puede reconocer á su hijo? Este arte es muy pernicioso á la especie humana: los que se ejercitan en saltar y en la carrera, enflaquecen de la cabeza á las caderas, miéntras que la parte inferior del cuerpo adquiere una

Aristipo cuya salud declinaba; y ademas (continuaba diciendome) tu pérdida me ha costado mucho. La filosofía es una égide muy endeble contra las penas del corazon. ¡Que fuertes somos en la especulacion, y que flacos en la práctica! Pero pienso que los Dioses, cuando nos separáron, usáron con nosotros de mas indulgencia que crueldad, porque ya habíamos apurado las delicias del amor, y llegados á este apogeo habíamos precisamente de bajar. Ahora, por lo menos, la memoria de aquellos rápidos dias de felicidad acompañará nuestra vida con muy risueñas ilusiones, y nos inspirará dulcísimos sueños; y en aquellos instantes melancólicos en que el alma penosa y abatida necesita de un nuevo espíritu de vida, retrogradará nuestro pensamiento á aquellos períodos de tan corta felicidad, y nos transportará bajo aquellos plátanos hermosos, al jardin que llamábamos nuestro Tempe, en donde las agradables conversaciones, las lecturas y el amor hacian nuestras horas deliciosas. De esta manera, lo pasado estenderá sus beneficios sobre lo presente. Si el destino no nos hubiera sido contrario, tu imaginacion se hubiera insensiblemente resfriado, no me hubiera engalanado mas con sus hermosos colores, y hubiera llegado dia en que yo no habria sido á tus ojos mas que una muger ordinaria.

Aprovechate de la juventud para viajar; imita á nuestros grandes filósofos. Pitagoras, Platon, Democrito y Solon fuéron á coger los frutos de la sabiduria á los climas donde se daban; que aunque Solon sostiene que es necesaria la edad de cuarenta años para viajar útilmente, yo me atrevo á ser de otra opinion. El tiempo de la juventud me parece propisimo para viages, con tal de haber adquirido noticias preliminares, y aptitud para meditar.

Zenon, fundador de la secta estoica, fué á ilustrarse sobre una gran duda. Murió de un siglo menos dos años, diciendo: « Hago mi último esfuerzo para llevar lo que hay en mí de divino á lo que hay de divino en el universo. » Nunca padeció enfermedades. ¡Privilegio hermoso! sesenta y ocho años se aplicó á la filosofía. Los Atenienses, que alguna vez son justos, le erigiéron un sepulcro en el Ceramico; y por un decreto público le dedicáron una corona de oro, y le hiciéron honores extraordinarios: « Para que todo el mundo, dice el decreto, sepa que los Atenienses honran el mérito distinguido en vida y en muerte. » Zenon formó su sabio tomándose por modelo á sí mismo. Decia, « que si los sabios no debian amar, como algunos filósofos opinaban, compadeceria mucho á las mugeres virtuosas y lindas, pues habrian

de tener por amantes á los necios.» Sostenia que una parte de la ciencia consistia en ignorar las cosas que no se debian saber. « Un Estoico verdadero, repetia con frecuencia, vive en el mundo como si nada tuviese en propiedad, y ama á sus semejantes, y aun á sus propios enemigos; su estudio particular es el de su alma. Para rectificar su conducta, examina de noche todo cuanto ha hecho de dia, fiscaliza sus faltas, busca el testimonio de su conciencia, huye de las alabanzas y de las honras; vive complacido en la oscuridad; y ni las pasiones ni los afectos tienen imperio alguno sobre él.» Admitia un destino invencible, que es un sistema peligroso. Cierta dia que castigaba á su criado por un robo, este exclamó: « Mi destino era robaros. — Y ser apaleado por mí, » le respondió el filósofo. — Habrás oido hablar del platónico Silanion, que no ha mucho volvió de sus viages: es hombre de gran talento, y lleno de conocimientos útiles, pero marcado con el sello de la singularidad. Dicen que tiene vergüenza de estar alojado en un cuerpo; y por lo mismo ni quiere dejarse retratar, ni tampoco declarar su pais y su familia. Nunca se baña, desecha todo remedio humillante, no come ninguna especie de carne, vive con poco, y aun suele abstenerse de pan; lo cual junto con la intensa meditacion de su

espíritu es causa de que duerma poquísimo. Todo lo que compone participa de su originalidad. Jamas lee lo que ha escrito, y forma mal las letras, y descuida la ortografia. Es tan fuerte su meditacion, que dispone en su cabeza toda una obra, y nada muda al escribirla. Nunca pierde de vista su plan; y cuando le interrumpen, transporta su entendimiento al asunto de que le hablan, y lo discute y lo termina sin distraerse de su trabajo, el cual vuelve á tomar sin leer ni aun las últimas líneas.

Leo de nuevo á Platon, mas confieso que no puedo seguirle en su sublime metafísica: sin duda que mi sexo no tiene la cabeza bastante fuerte para penetrar en sus profundidades. El mundo sensible es, segun él, la idea de un ser intelectual, idea increada y manifestada exteriormente. « La verdad es para Dios, la verosimilitud para el hombre. » No pudiendo comprender todas estas bellas ideas, arrojé el libro con enfado, pero le vuelvo á tomar luego para leer su Fedon, y esta lectura me arranca lágrimas. No sé que ciudad griega pidió una estatua á un estatuario célebre, dejándole la eleccion del asunto. « No os esculpiré un luchador, dijo el estatuario, tenéis bastantes atletas; prefiero la virtud á la fuerza: tampoco os esculpiré un guerrero, este mérito es comun: en

cuanto á vuestros tiranos, mas bien romperia sus imágenes: podria representaros á vuestros Dioses, pero teneis tantos en vuestros templos...» Entónces el pueblo le dijo: «¿Que nos harás pues, estatuario? — Lo que hay mas raro sobre la tierra: un hombre que muere por la verdad;» y trabajó á Socrates espirando.

Cuando leo el Fedon, veo á la virtud luchando contra la injusticia y el crimen.

Alabemos para siempre el valor de Socrates, que en la muerte de su maestro (Socrates) osó presentarse de duelo en Atenas, desafiando á sus bárbaros jueces y á este pueblo asesino. Guerreros que han ganado batallas, no tendrían esta intrepidez.

Ahora acaban de decirme que van á quemar los escritos de Protagoras, porque dice en uno de sus Tratados: «No puedo asegurar si hay Dioses.» Estaba dada la orden para prenderle, mas por fortuna suya se escapó. Fué célebre el destino de este famoso sofista: era un ganapan; y habiendole encontrado Democrito, cargado de hacecillos de leña colocados en un equilibrio geométrico, concibió alta idea de su talento, y le admitió en el número de sus discípulos.

A dios, amado amigo mio. ¿Te acuerdas de las Androginas de Platon? «Los Dioses, dice en su Banquete, formaron primero al

hombre de figura redonda, con dos cuerpos y dos sexos, y aquello le hizo insolente, tanto que se atrevió á hacerles la guerra. Iba Jupiter á destruirle; pero considerando que destruía al género humano, se contentó con debilitar la Androgina, cortandola en dos mitades. Mandóse á Apolo que las perfeccionara. Desde entónces cada mitad se busca, se desea, y se arrastra la una ácia la otra (28).» ¡Ay, mi Antenor querido! yo soy la mitad separada de tí. Conozco que mi alma ha perdido la mitad de sí misma: me enternezco, me melancolizo, y derramo lágrimas. ¡Con que no hay felicidad permanente sobre la tierra! ¡Ay mi amigo! ni el salto de Leucades ni el paso del Cocito extinguirán el amor que me agita y me consume. Mantente bueno, y se dichoso.....

Esta carta encrudeleció mis dolores y mis penas. Quise disfrazarme, y regresar á Atenas para ver otra vez á mi amable y digna amiga; pero el sabio Diocles me contuvo, poniendome á la vista el cuadro terrible de la desesperacion de Lastenia, si era yo conocido y castigado de muerte á sus mismos ojos.

CAPITULO XXII.

Pasa el invierno en casa de Diocles. Ceremonia del Tauróbolo. Querella entre los dos esposos. Historia de Arquias.

PASÉ el invierno en compañía de aquella estimable familia; el estudio ocupó mis ocios. Leí y releí á Euripides, á Homero, á Herodoto y á Tucídides. Adorné mi memoria con bellos versos, y con las riquezas de aquellos ingenios grandes. ¡Dichoso el que nace con afición al estudio, y con inclinacion á vivir solitario en el santuario de las Musas! Ese es el que goza del reposo sin desmayo, y de un placer siempre nuevo: aunque solo, se halla cercado de amigos que alegran su retiro. Pasaba yo las largas noches entre mis huéspedes, junto á su hogar. Su honrada franqueza y sus conversaciones sencillas me tenían mas entretenido aquel rato que lo demas del dia. El sabio Diocles nos contaba los varios sucesos de su vida y los pasages de su tiempo. ¡Con que ansia le escuchábamos! Hizonos frecuentemente la narracion de un sacrificio espíatorio, llamado tauróbolo, que era una ceremonia rara á que se sometió Diomedon, jóven Megariano. Le conocí, nos decia, en

Efeso, en tiempo que iba yo huyendo de Tebas y de mi Eufemia querida. Nos embarcamos juntos para Corinto. Refrescó el viento, mugió el mar, se hinchó, y atormentó una borrasca deshecha á nuestra débil nave. Yo, que llevaba á disgusto el peso de la vida, miraba la borrasca y la muerte con mucha indiferencia; pero Diomedon, que era débil, supersticioso y libertino (cualidades al parecer opuestas, aunque emanadas del mismo principio, que es la debilidad del alma), invocaba á voces á Neptuno, á Tetis, y á todos los Dioses. Bias, que era uno de nuestros sabios y que iba con nosotros, miraba con lástima tanta pusilanimidad; se llegó á Diomedon, y le dijo: « Calla, no sea que los Dioses reparen en que vas en este navío. » Ni el sosiego de Bias, ni sus bufonadas animaron el valor de Diomedon; y como la borrasca continuase, hizo voto de que, si los Dioses le salvaban, espiaría sus culpas, y se regeneraría con el sacrificio del tauróbolo.

Así que desembarcó en Corinto, cumplió con su voto, y quiso que yo fuese testigo de ello. Mandaron los sacerdotes escavar un hoyo bastante profundo. Bajó á él Diomedon, ceñida la cabeza con las cintas sagradas, y con una corona y otros ornamentos misteriosos. Así que estuvo en la hoya, la cubrieron con una tapa de madera agujereada por

varias partes. Trajéron un toro coronado de flores, cuyos cuernos y frente estaban salpicados con laminas de oro. Lo degolláron con un cuchillo sagrado, y su sangre fué á caer en la hoya por los varios agujeros de la tapadera; y Diomedon, avaro de aquella sangre preciosa, presentaba el rostro, las espaldas, los brazos, y todas las partes de su cuerpo, para recoger en ellas hasta la última gota. Salió de la hoya espantable. Me parece que todavía le veo con el pelo, la barba y el vestido empapados en sangre; pero purgado de sus delitos, y regenerado para la eternidad. Mas, no obstante, aseguran que aquella ceremonia es preciso renovarla cada veinte años, ó que, sino, desaparece su virtud.

La paz que reinaba en el asilo de Diocles parecia como querer desampararlo. Levantábanse nubes en su horizonte: los zelos agitaban el alma de Filotas, y conturbaban la felicidad de ámbos esposos.

Algunos dias habia que Filotas se mostraba rezeloso, pensativo y taciturno. Cuando Crisila le hablaba con timidez y dulzura, él callaba, ó respondia agriamente. Al instante bullian las lágrimas en los bellos ojos de aquella tierna esposa, y se conocia que se esforzaba á contenerlas, especialmente delante de su padre.

Una tarde que me volvia del paseo á causa de la lluvia, la encontré recostada sobre una roca empapada del agua que caia, hinchados los ojos de llorar, é insensible á lo riguroso del tiempo. Lleguéme á ella, la enjuagué lo mejor que pude, procuré calentar sus manos delicadas, y la acompañé á una cabaña vecina, que servia de majada. Allí, despues que se le hubo desahogado el corazon, me contó, y no sin sollozos, que habia trabajado secretamente para Filotas una túnica de lana, la cual acababa de presentarle, diciendole: «Esta es obra mia, llevala por el amor de mi;» pero que su respuesta habia sido hacerla pedazos, y que ella moriria de dolor. Diciendo esto, lloró y sollozó mas amargamente. Yo desplegué mi elocuencia para consolarla, y la prometí hacer de manera que se me explicara su esposo, para saber el motivo de tan imprevista mudanza.

Busqué á Filotas, y le encontré poseido de un pesar negro y amargo. Primero se negó á abirme su pecho, pero despues de vivas instancias dejó escapar su secreto. Dijo-me que de algunos dias á aquella parte encontraba todas las mañanas flores y ramos de mirto y de laurel colgados á su puerta; que habia oido muchas noches tocar una lira y cantar unas coplas; y que todo aquello era consecuencia de algun amante oculto. — Aun

cuando fuera, le dije, algun amante, ¿en que es culpable Crisila, que lo ignora? Pero quiero aclarar vuestras sospechas, y mostraros cuan injustas son.

A la media noche me subí á un árbol grande que habia enfrente de la casa, y en él aceché la llegada del galan rondador; y no quedáron mis esperanzas frustradas. Al apuntar la aurora, se acercó un hombre á la puerta, colgó sobre ella guirnaldas, tomó su lira, y cantó y bailó á un tiempo mismo. Parecióme que aquel amante no podia ser muy peligroso, siendo tan alegre. Bajéme del árbol con mucho silencio, y le cogí por detras. El quedó sorprendidísimo, pero mi aire risueño le sosegó. Preguntóme ¿que queria, y si era su competidor? — ¿Quien es vuestra dama? le repliqué. — Es una divinidad, me repuso; es una gracia amabilísima; en fin, es la preciosa Crisila: y dicho esto, volvió á su canto y á su baile. Asi que ví yo que su pasion no tenia síntomas tristes, me divertí con ella; pero súbitamente salió Filotas con una lanza en la mano, y dió sobre su jovial competidor. « ¡Traidor! gritaba, morirás á mis manos. » Tuve que esforzarme muchísimo para oponerme á su furia, mientras su adversario, tan alegre y sereno como al principio, continuaba su pantomima y sus coplas, irritando por lo mismo mucho mas á nuestro zeloso.

Empezaban á distinguirse ya los objetos, cuando Filotas, que habia mirado mas atentamente á su competidor, exclamó: ¡Oh cielos! ¡Arquias es! ¡Por Jupiter, que soy mas loco que él! ¡cuanto me avergüenzo de mis sospechas! — ¿Quien es ese Arquias? le pregunté. — Seguidme, me respondió, y os contaré su historia.

Ese Arquias, continuó Filotas, es de una de las mejores familias de Oropa; tenia talento, y cultivaba con utilidad la poesia y la música; pero nació con una imaginacion tan viva y con un corazon tan tierno, que iba de hermosura en hermosura rindiendo á todas vasallage. Seguia el carro de la graciosa Foloe, cuando vió á la bella Teona que oscurecia á sus competidoras, como el astro de la noche oscurece á las estrellas. Desde la vez primera que Arquias la vió, quedó ciegamente enamorado de ella. Consiguió agradarla, y tambien que aceptara su mano y su amor. Foloe disimuló su despecho; pero luego que supo el matrimonio, ya no pensó en otra cosa que en venganza. Tenia un hermano, llamado Conon, amante desgraciado de Teona, á quien Foloe inspiró su rabia; y he aquí cual fué su conjuracion. Cayó enferma Teona, y esto retardó la celebracion del casamiento. Foloe, que la trataba como amiga, la pidió que la dejase pasar una noche á su lado para cui-

darla, y lo consiguió con sus instancias y falsas caricias. Habia convenido con su hermano en vestirse aquella noche como su competidora, y presentarse á la ventana bajo su nombre; y que, asi que estuviere en ella, llegaria Conon á enamorarla, y pedirla que le admitiese en su casa, y que entónces bajaria ella á abrirle la puerta. Era preciso que Arquias fuese testigo de aquella cita. Un papel anónimo le advirtió que Teona fingia estar mala para romper su concertado himeneo, y casarse con Conon á quien amaba, y á quien habia dado una cita para la siguiente noche. Aquel papel hizo por lo pronto poca impresion en Arquias, y lo tuvo por una malignidad mal tejida; pero pensó mas en ello, y meditó las frases. Volvió á rechazar las sospechas, mas ellas le atormentaron de nuevo. En esta perplejidad sobrevino la noche indicada. Determinóse pues á meterse en el zaguan de una casa contigua á la de su amada, muy persuadido á que su acecho seria inútil.

Llegó Conon, se acercó á la puerta de Teona, hizo una seña, y abrieron la ventana. — ¿Eres tú, Conon? le preguntó una voz débil y tardía. — Sí, amada Teona: yo soy el amante que te adora, y que viene á impedir tu casamiento con Arquias, ó á morir á tus piés: ruegote que bajes, porque tengo que confiarte un secreto.

El desgraciado Arquias escuchaba lo mismo que no se atrevia á creer; pero la falsa Teona bajó, abrió la puerta, y recibió á su amante fingido.

Aquella odiosa escena hizo en Arquias una impresion tan pronta y tan terrible, que en el instante mismo se vió acometido de un acceso de demencia. Se han hecho para su curacion cuantos remedios hay conocidos, pero inútilmente. Su erotomania ha tomado un aspecto chistoso: á nadie ofende con ella, y acaso con ella es feliz. ¡Tan cierto es que conviene á veces atolondrar la razon para disfrutar alguna felicidad! Se pone á la puerta de los templos á ver pasar las mugeres; y si vé en algunas ojos hermosos, pié pequeño, ó talle airoso, se le exalta luego la imaginacion, ó el corazon se le inflama: desde entónces ya no duerme, templa su lira, y va á cantar bajo las ventanas del objeto adorado, donde pasa noches enteras. Esta efervescencia le dura unos quince dias, y despues corre tras nuevos amores. El infeliz amó nuevamente á la misma Foloe, que es causa de su desventura. Seis meses despues encontró á Teona en el templo de Minerva: miróla fijamente con triste ceño; y todos los músculos de su cara se encrepáron, pintandose alternativamente en ella el enojo y el dolor. Sacáron del templo á Teona, cuya alma sen-

sible y benigna no pudo resistir la vista de aquel triste espectáculo, y Arquias recobró luego su jovialidad. Veinte y cinco años ha que está así, porque tiene cerca de cincuenta; pero ni el cuidado de lo futuro, ni la cercanía de la vejez perturban su alegría ni sus amores. — Seria lástima, repuse á Filotas, volverle lo que llamamos razon, porque con ella no lograria mas que pesares é inquietudes.

En aquel instante venia ácia nosotros Crisila, triste, pensativa y temerosa. « ¡Ay! exclamó Filotas : ¡ véla allí ! ¡ cuantas culpas tiene que perdonarme ! voy á echarme á sus piés. » Hizose la reconciliacion, porque Crisila perdonó fácilmente. Confundiéronse sus llantos y caricias, y con ternísimas protestas selláron aquella paz que habia de ser inalterable.

En compañía de esta familia, que acaso era la mas dichosa de este globo, aguardé la vuelta de la primavera. La dulce templanza del aire, y la alfombra verde con que la tierra se cubria, anunciaban su llegada. ¡ Quien no olvidaria por algunos momentos su tedio y su miseria con la dulce serenidad de un bello día del mes de Muniquion (Abril), y con el aspecto del campo, risueño con flores y yerbas, oyendo el armonioso coro de los pájaros !

Determiné entónces seguir los consejos de

Lastenia, é ir á estudiar las costumbres y los usos de las naciones, empezando mis viages por el templo de Delfos, para consultar su oráculo sobre mi futuro destino. Este proyecto no se conformaba con la doctrina que habia yo aprendido en Atenas, donde las gentes ilustradas y de trato fino dejaban los oráculos y las preocupaciones supersticiosas para lo comun del pueblo. Pero el entendimiento humano es un extraño compuesto de debilidades, de razon y de inconsecuencias. Yo no creia en los oráculos, ó á lo menos lo imaginaba así; pero, con todo, mi curiosidad queria consultarlos.

Oprimido el ánimo de tristeza, me despedí de mis amables huéspedes, los cuales me acompañáron un gran trecho. Dandonos los últimos abrazos, llorábamos todos. El buen Diocles estrechandome en sus brazos me dijo : « Ya no os veré mas, porque mi tumba está abierta ; pero si pasáreis otra vez por Oropa, venid á echar en ella algunas flores, y á hablar de mí con mis hijos. »

CAPITULO XXIII.

Su llegada á Tebas. Hazaña de Milon de Crotona.

TOMÉ el camino de Tebas. Esta ciudad está situada entre los ríos Asopo é Ismeno: sus cercanías son amenísimas. Atravesé jardines y praderías. Desde lejos, sobre una eminencia, se vé la ciudadela. La ciudad está circundada de muros: se entra en ella por siete puertas, y se ven bellísimos edificios públicos, y soberbias estatuas; pero las calles no están tiradas á cordel, que es un defecto comun á toda la Grecia. Está la ciudad bajo la protección de Baco y de Hercules.

Encontré á Tebas agitadísima y llena de estrangeros, porque aguardaban al famoso Milon de Crotona, cuyas gloriosas hazañas en los juegos olímpicos habian estendido la fama de su nombre. Toda la ciudad salió á recibirle el día de su llegada: parecia un coloso, porque tenia seis piés de altura; su barba era negra y cerrada; sus cejas pobladas y casi juntas; sus brazos, piernas y ancho pecho escesivamente peludos; andaba descalzo, armado con una clava, y cubierto con una piel de leon, á imitación de Hercules,

que era su modelo. Así que el Proxenes de la ciudad le alojó (29), llegó un diputado del pueblo y de los magistrados á suplicarle que tuviera á bien hacer en la ciudad las mismas muestras de fuerza y de brio con que tanto se habia señalado en los juegos olímpicos. Milon se convino á ello, y advirtió á los magistrados que mandaran llevar á la palestra, al dia siguiente al salir el sol, un toro de cuatro años.

Antes de ser de dia, estaba ya el Gimnasio lleno de espectadores que de todas partes acudian. No tardó en presentarse el héroe. Marchó ácia los magistrados y ciudadanos principales, precedido de una tropa de músicos, y llevando como Alcides una corona de chopo. Luego que estuvo junto al toro, dió una ojeada á toda la concurrencia, la saludó, desató al animal, lo cogió, y se lo cargó sobre los hombros. Por todas partes resonaron gritos, aplausos y clamorosa vocería. Animado con el estrépito nuestro atleta echó á correr con su carga al derredor del recinto. Aumentáronse las estruendosas palmadas, juntamente con la algazara general. Despues de esta carrera dejó en tierra su pesada carga, y dió al toro tan vigorosa puñada en la cabeza, que el animal titubeó, cayó, y murió. Empezóse de nuevo el estruendo y la gritería, al ver aquella nueva hazaña. Milon entónces dijo á

los magistrados que si querian mandar asar al toro, él se obligaba á comerselo todo entero. Aceptáron la proposicion. Corriéron, se afanáron, encendiéron una grande hoguera, desolláron la bestia, y la asáron.

Miéntras tanto Milon pasmó á todo el pueblo con otro prodigio. Ciñóse estrechísimamente las sienes con una cuerda, contuvo el aliento, é hinchó de tal manera los músculos de la cabeza, que saltó la cuerda. Todo el gran concurso gritó llamandolo prodigio, y aclamando al héroe por superior á Hercules.

Despues de este esfuerzo, pasó á descansar bajo un pabellon que se habia levantado en medio de la plaza, y le circundáron los magistrados y los ciudadanos de mayor nota.

Preguntáronle sobre su alimento diario: «Necesito, respondió, diez y ocho libras de pan, diez y ocho de carne, y quince cuartillos de vino.» Preguntóle uno, en voz baja, ¿si era tan prodigioso en el amor como en los demas ejercicios? «No me atreveria á vanagloriarme, respondió, de igualar á Alcides en sus cincuenta trabajos nocturnos.»

Tenia yo á mi lado á un anciano que se sonreia malignamente, y se encogia de hombros: le miré, y me dijo sin mas preámbulo: «Me causan compasion esos atletas; para fortalecerse mas, escogen los alimentos que

les parecen de mayor sustancia, como las carnes de cerdo y de vaca, y un pan muy grosero; pero ese esceso de nutricion no les da mas que una fuerza pasagera, y por otra parte nada valen para las fatigas de los viages y las de la guerra: tienen una estatura deforme, un entendimiento torpe, una inclinacion invencible al sueño, una gran disposicion á la apoplegia, y sobre todo esto sucede rara vez que conserven su vigor por mas de cinco años. Fuera de que yo me rio de todas esas proezas que acaba de ostentar Milon. Mas digno de elogio es lo que hizo un dia que asistió á las lecciones de Pitagoras. Fué el caso, que habiendose desencajado la única columna que sostenia el techo de la sala, él la sostuvo hasta que toda la gente salió fuera (30).

Me parece, le dije, que no gustais de los juegos del estadio. — No: ¿que cosa mas horrible que ver campeones desnudos, destilando sangre, desgarrarse mutuamente el cuerpo con manoplas, desfigurarse el rostro, romperse los dientes, hacerse algunas veces saltar un ojo, á punto que frecuentemente una madre no puede reconocer á su hijo? Este arte es muy pernicioso á la especie humana: los que se ejercitan en saltar y en la carrera, enflaquecen de la cabeza á las caderas, miéntras que la parte inferior del cuerpo adquiere una

Aristipo cuya salud declinaba; y ademas (continuaba diciendome) tu pérdida me ha costado mucho. La filosofía es una égide muy endeble contra las penas del corazon. ¡Que fuertes somos en la especulacion, y que flacos en la práctica! Pero pienso que los Dioses, cuando nos separáron, usáron con nosotros de mas indulgencia que crueldad, porque ya habíamos apurado las delicias del amor, y llegados á este apogeo habíamos precisamente de bajar. Ahora, por lo menos, la memoria de aquellos rápidos dias de felicidad acompañará nuestra vida con muy risueñas ilusiones, y nos inspirará dulcísimos sueños; y en aquellos instantes melancólicos en que el alma penosa y abatida necesita de un nuevo espíritu de vida, retrogradará nuestro pensamiento á aquellos períodos de tan corta felicidad, y nos transportará bajo aquellos plátanos hermosos, al jardin que llamábamos nuestro Tempe, en donde las agradables conversaciones, las lecturas y el amor hacian nuestras horas deliciosas. De esta manera, lo pasado estenderá sus beneficios sobre lo presente. Si el destino no nos hubiera sido contrario, tu imaginacion se hubiera insensiblemente resfriado, no me hubiera engalanado mas con sus hermosos colores, y hubiera llegado dia en que yo no habria sido á tus ojos mas que una muger ordinaria.

Aprovechate de la juventud para viajar; imita á nuestros grandes filósofos. Pitagoras, Platon, Democrito y Solon fuéron á coger los frutos de la sabiduria á los climas donde se daban; que aunque Solon sostiene que es necesaria la edad de cuarenta años para viajar útilmente, yo me atrevo á ser de otra opinion. El tiempo de la juventud me parece propisimo para viages, con tal de haber adquirido noticias preliminares, y aptitud para meditar.

Zenon, fundador de la secta estoica, fué á ilustrarse sobre una gran duda. Murió de un siglo menos dos años, diciendo: «Hago mi último esfuerzo para llevar lo que hay en mí de divino á lo que hay de divino en el universo.» Nunca padeció enfermedades. ¡Privilegio hermoso! sesenta y ocho años se aplicó á la filosofía. Los Atenienses, que alguna vez son justos, le erigiéron un sepulcro en el Ceramico; y por un decreto público le dedicáron una corona de oro, y le hiciéron honores extraordinarios: «Para que todo el mundo, dice el decreto, sepa que los Atenienses honran el mérito distinguido en vida y en muerte.» Zenon formó su sabio tomándose por modelo á sí mismo. Decia, «que si los sabios no debian amar, como algunos filósofos opinaban, compadeceria mucho á las mugeres virtuosas y lindas, pues habrian

de tener por amantes á los necios.» Sostenia que una parte de la ciencia consistia en ignorar las cosas que no se debian saber. « Un Estoico verdadero, repetia con frecuencia, vive en el mundo como si nada tuviese en propiedad, y ama á sus semejantes, y aun á sus propios enemigos; su estudio particular es el de su alma. Para rectificar su conducta, examina de noche todo cuanto ha hecho de dia, fiscaliza sus faltas, busca el testimonio de su conciencia, huye de las alabanzas y de las honras; vive complacido en la oscuridad; y ni las pasiones ni los afectos tienen imperio alguno sobre él.» Admitia un destino invencible, que es un sistema peligroso. Cierta dia que castigaba á su criado por un robo, este exclamó: « Mi destino era robaros. — Y ser apaleado por mí, » le respondió el filósofo. — Habrás oido hablar del platónico Silanion, que no ha mucho volvió de sus viages: es hombre de gran talento, y lleno de conocimientos útiles, pero marcado con el sello de la singularidad. Dicen que tiene vergüenza de estar alojado en un cuerpo; y por lo mismo ni quiere dejarse retratar, ni tampoco declarar su pais y su familia. Nunca se baña, desecha todo remedio humillante, no come ninguna especie de carne, vive con poco, y aun suele abstenerse de pan; lo cual junto con la intensa meditacion de su

espíritu es causa de que duerma poquísimo. Todo lo que compone participa de su originalidad. Jamas lee lo que ha escrito, y forma mal las letras, y descuida la ortografia. Es tan fuerte su meditacion, que dispone en su cabeza toda una obra, y nada muda al escribirla. Nunca pierde de vista su plan; y cuando le interrumpen, transporta su entendimiento al asunto de que le hablan, y lo discute y lo termina sin distraerse de su trabajo, el cual vuelve á tomar sin leer ni aun las últimas líneas.

Leo de nuevo á Platon, mas confieso que no puedo seguirle en su sublime metafísica: sin duda que mi sexo no tiene la cabeza bastante fuerte para penetrar en sus profundidades. El mundo sensible es, segun él, la idea de un ser intelectual, idea increada y manifestada exteriormente. « La verdad es para Dios, la verosimilitud para el hombre. » No pudiendo comprender todas estas bellas ideas, arrojé el libro con enfado, pero le vuelvo á tomar luego para leer su Fedon, y esta lectura me arranca lágrimas. No sé que ciudad griega pidió una estatua á un estatuario célebre, dejandole la eleccion del asunto. « No os esculpiré un luchador, dijo el estatuario, teneis bastantes atletas; prefiero la virtud á la fuerza: tampoco os esculpiré un guerrero, este mérito es comun: en

cuanto á vuestros tiranos, mas bien romperia sus imágenes: podria representaros á vuestros Dioses, pero teneis tantos en vuestros templos...» Entónces el pueblo le dijo: «¿Que nos harás pues, estatuario? — Lo que hay mas raro sobre la tierra: un hombre que muere por la verdad;» y trabajó á Socrates espirando.

Cuando leo el Fedon, veo á la virtud luchando contra la injusticia y el crimen.

Alabemos para siempre el valor de Socrates, que en la muerte de su maestro (Socrates) osó presentarse de duelo en Atenas, desafiando á sus bárbaros jueces y á este pueblo asesino. Guerreros que han ganado batallas, no tendrían esta intrepidez.

Ahora acaban de decirme que van á quemar los escritos de Protagoras, porque dice en uno de sus Tratados: «No puedo asegurar si hay Dioses.» Estaba dada la orden para prenderle, mas por fortuna suya se escapó. Fué célebre el destino de este famoso sofista: era un ganapan; y habiendole encontrado Democrito, cargado de hacecillos de leña colocados en un equilibrio geométrico, concibió alta idea de su talento, y le admitió en el número de sus discípulos.

A dios, amado amigo mio. ¿Te acuerdas de las Androginas de Platon? «Los Dioses, dice en su Banquete, formáron primero al

hombre de figura redonda, con dos cuerpos y dos sexos, y aquello le hizo insolente, tanto que se atrevió á hacerles la guerra. Iba Jupiter á destruirle; pero considerando que destruía al género humano, se contentó con debilitar la Androgina, cortandola en dos mitades. Mandóse á Apolo que las perfeccionara. Desde entónces cada mitad se busca, se desea, y se arrastra la una ácia la otra (28).»
 ¡Ay, mi Antenor querido! yo soy la mitad separada de tí. Conozco que mi alma ha perdido la mitad de sí misma: me enternezco, me melancolizo, y derramo lágrimas. ¡Con que no hay felicidad permanente sobre la tierra! ¡Ay mi amigo! ni el salto de Leucades ni el paso del Cocito extinguirán el amor que me agita y me consume. Mantente bueno, y se dichoso.....

Esta carta encrudeleció mis dolores y mis penas. Quise disfrazarme, y regresar á Atenas para ver otra vez á mi amable y digna amiga; pero el sabio Diocles me contuvo, poniendome á la vista el cuadro terrible de la desesperacion de Lastenia, si era yo conocido y castigado de muerte á sus mismos ojos.

CAPITULO XXII.

Pasa el invierno en casa de Diocles. Ceremonia del Tauróbolo. Querella entre los dos esposos. Historia de Arquias.

PASÉ el invierno en compañía de aquella estimable familia; el estudio ocupó mis ocios. Leí y releí á Euripides, á Homero, á Herodoto y á Tucídides. Adorné mi memoria con bellos versos, y con las riquezas de aquellos ingenios grandes. ¡Dichoso el que nace con afición al estudio, y con inclinacion á vivir solitario en el santuario de las Musas! Ese es el que goza del reposo sin desmayo, y de un placer siempre nuevo: aunque solo, se halla cercado de amigos que alegran su retiro. Pasaba yo las largas noches entre mis huéspedes, junto á su hogar. Su honrada franqueza y sus conversaciones sencillas me tenían mas entretenido aquel rato que lo demas del dia. El sabio Diocles nos contaba los varios sucesos de su vida y los pasages de su tiempo. ¡Con que ansia le escuchábamos! Hizonos frecuentemente la narracion de un sacrificio espíatorio, llamado tauróbolo, que era una ceremonia rara á que se sometió Diomedon, jóven Megariano. Le conocí, nos decia, en

Efeso, en tiempo que iba yo huyendo de Tebas y de mi Eufemia querida. Nos embarcamos juntos para Corinto. Refrescó el viento, mugió el mar, se hinchó, y atormentó una borrasca deshecha á nuestra débil nave. Yo, que llevaba á disgusto el peso de la vida, miraba la borrasca y la muerte con mucha indiferencia; pero Diomedon, que era débil, supersticioso y libertino (cualidades al parecer opuestas, aunque emanadas del mismo principio, que es la debilidad del alma), invocaba á voces á Neptuno, á Tetis, y á todos los Dioses. Bias, que era uno de nuestros sabios y que iba con nosotros, miraba con lástima tanta pusilanimidad; se llegó á Diomedon, y le dijo: « Calla, no sea que los Dioses reparen en que vas en este navío. » Ni el sosiego de Bias, ni sus bufonadas animaron el valor de Diomedon; y como la borrasca continuase, hizo voto de que, si los Dioses le salvaban, espiaría sus culpas, y se regeneraría con el sacrificio del tauróbolo.

Así que desembarcó en Corinto, cumplió con su voto, y quiso que yo fuese testigo de ello. Mandaron los sacerdotes escavar un hoyo bastante profundo. Bajó á él Diomedon, ceñida la cabeza con las cintas sagradas, y con una corona y otros ornamentos misteriosos. Así que estuvo en la hoya, la cubrieron con una tapa de madera agujereada por

varias partes. Trajéron un toro coronado de flores, cuyos cuernos y frente estaban salpicados con laminas de oro. Lo degollaron con un cuchillo sagrado, y su sangre fué á caer en la hoya por los varios agujeros de la tapadera; y Diomedon, avaro de aquella sangre preciosa, presentaba el rostro, las espaldas, los brazos, y todas las partes de su cuerpo, para recoger en ellas hasta la última gota. Salió de la hoya espantable. Me parece que todavía le veo con el pelo, la barba y el vestido empapados en sangre; pero purgado de sus delitos, y regenerado para la eternidad. Mas, no obstante, aseguran que aquella ceremonia es preciso renovarla cada veinte años, ó que, sino, desaparece su virtud.

La paz que reinaba en el asilo de Diocles parecia como querer desampararlo. Levantábanse nubes en su horizonte: los zelos agitaban el alma de Filotas, y conturbaban la felicidad de ámbos esposos.

Algunos dias habia que Filotas se mostraba rezeloso, pensativo y taciturno. Cuando Crisila le hablaba con timidez y dulzura, él callaba, ó respondia agriamente. Al instante bullian las lágrimas en los bellos ojos de aquella tierna esposa, y se conocia que se esforzaba á contenerlas, especialmente delante de su padre.

Una tarde que me volvia del paseo á causa de la lluvia, la encontré recostada sobre una roca empapada del agua que caia, hinchados los ojos de llorar, é insensible á lo riguroso del tiempo. Lleguéme á ella, la enjuagué lo mejor que pude, procuré calentar sus manos delicadas, y la acompañé á una cabaña vecina, que servia de majada. Allí, despues que se le hubo desahogado el corazon, me contó, y no sin sollozos, que habia trabajado secretamente para Filotas una túnica de lana, la cual acababa de presentarle, diciendole: «Esta es obra mia, llevala por el amor de mi;» pero que su respuesta habia sido hacerla pedazos, y que ella moriria de dolor. Diciendo esto, lloró y sollozó mas amargamente. Yo desplegué mi elocuencia para consolarla, y la prometí hacer de manera que se me explicara su esposo, para saber el motivo de tan imprevista mudanza.

Busqué á Filotas, y le encontré poseido de un pesar negro y amargo. Primero se negó á abirme su pecho, pero despues de vivas instancias dejó escapar su secreto. Dijo-me que de algunos dias á aquella parte encontraba todas las mañanas flores y ramos de mirto y de laurel colgados á su puerta; que habia oido muchas noches tocar una lira y cantar unas coplas; y que todo aquello era consecuencia de algun amante oculto. — Aun

cuando fuera, le dije, algun amante, ¿en que es culpable Crisila, que lo ignora? Pero quiero aclarar vuestras sospechas, y mostraros cuan injustas son.

A la media noche me subí á un árbol grande que habia enfrente de la casa, y en él aceché la llegada del galan rondador; y no quedáron mis esperanzas frustradas. Al apuntar la aurora, se acercó un hombre á la puerta, colgó sobre ella guirnaldas, tomó su lira, y cantó y bailó á un tiempo mismo. Parecióme que aquel amante no podia ser muy peligroso, siendo tan alegre. Bajéme del árbol con mucho silencio, y le cogí por detras. El quedó sorprendidísimo, pero mi aire risueño le sosegó. Preguntóme ¿que queria, y si era su competidor? — ¿Quién es vuestra dama? le repliqué. — Es una divinidad, me repuso; es una gracia amabilísima; en fin, es la preciosa Crisila: y dicho esto, volvió á su canto y á su baile. Asi que ví yo que su pasion no tenia síntomas tristes, me divertí con ella; pero súbitamente salió Filotas con una lanza en la mano, y dió sobre su jovial competidor. « ¡Traidor! gritaba, morirás á mis manos. » Tuve que esforzarme muchísimo para oponerme á su furia, mientras su adversario, tan alegre y sereno como al principio, continuaba su pantomima y sus coplas, irritando por lo mismo mucho mas á nuestro zeloso.

Empezaban á distinguirse ya los objetos, cuando Filotas, que habia mirado mas atentamente á su competidor, exclamó: ¡Oh cielos! ¡Arquias es! ¡Por Jupiter, que soy mas loco que él! ¡cuanto me avergüenzo de mis sospechas! — ¿Quién es ese Arquias? le pregunté. — Seguidme, me respondió, y os contaré su historia.

Ese Arquias, continuó Filotas, es de una de las mejores familias de Oropa; tenia talento, y cultivaba con utilidad la poesia y la música; pero nació con una imaginacion tan viva y con un corazon tan tierno, que iba de hermosura en hermosura rindiendo á todas vasallage. Seguia el carro de la graciosa Foloe, cuando vió á la bella Teona que oscurecia á sus competidoras, como el astro de la noche oscurece á las estrellas. Desde la vez primera que Arquias la vió, quedó ciegamente enamorado de ella. Consiguió agradarla, y tambien que aceptara su mano y su amor. Foloe disimuló su despecho; pero luego que supo el matrimonio, ya no pensó en otra cosa que en venganza. Tenia un hermano, llamado Conon, amante desgraciado de Teona, á quien Foloe inspiró su rabia; y he aquí cual fué su conjuracion. Cayó enferma Teona, y esto retardó la celebracion del casamiento. Foloe, que la trataba como amiga, la pidió que la dejase pasar una noche á su lado para cui-

darla, y lo consiguió con sus instancias y falsas caricias. Habia convenido con su hermano en vestirse aquella noche como su competidora, y presentarse á la ventana bajo su nombre; y que, asi que estuviere en ella, llegaría Conon á enamorarla, y pedirla que le admitiese en su casa, y que entónces bajaria ella á abrirle la puerta. Era preciso que Arquias fuese testigo de aquella cita. Un papel anónimo le advirtió que Teona fingia estar mala para romper su concertado himeneo, y casarse con Conon á quien amaba, y á quien habia dado una cita para la siguiente noche. Aquel papel hizo por lo pronto poca impresion en Arquias, y lo tuvo por una malignidad mal tejida; pero pensó mas en ello, y meditó las frases. Volvió á rechazar las sospechas, mas ellas le atormentaron de nuevo. En esta perplejidad sobrevino la noche indicada. Determinóse pues á meterse en el zaguan de una casa contigua á la de su amada, muy persuadido á que su acecho seria inútil.

Llegó Conon, se acercó á la puerta de Teona, hizo una seña, y abrieron la ventana. — ¿Eres tú, Conon? le preguntó una voz débil y tardía. — Sí, amada Teona: yo soy el amante que te adora, y que viene á impedir tu casamiento con Arquias, ó á morir á tus piés: ruegote que bajes, porque tengo que confiarte un secreto.

El desgraciado Arquias escuchaba lo mismo que no se atrevia á creer; pero la falsa Teona bajó, abrió la puerta, y recibió á su amante fingido.

Aquella odiosa escena hizo en Arquias una impresion tan pronta y tan terrible, que en el instante mismo se vió acometido de un acceso de demencia. Se han hecho para su curacion cuantos remedios hay conocidos, pero inútilmente. Su erotomania ha tomado un aspecto chistoso: á nadie ofende con ella, y acaso con ella es feliz. ¡Tan cierto es que conviene á veces atolondrar la razon para disfrutar alguna felicidad! Se pone á la puerta de los templos á ver pasar las mugeres; y si vé en algunas ojos hermosos, pié pequeño, ó talle airoso, se le exalta luego la imaginacion, ó el corazon se le inflama: desde entónces ya no duerme, templa su lira, y va á cantar bajo las ventanas del objeto adorado, donde pasa noches enteras. Esta efervescencia le dura unos quince dias, y despues corre tras nuevos amores. El infeliz amó nuevamente á la misma Foloe, que es causa de su desventura. Seis meses despues encontró á Teona en el templo de Minerva: miróla fijamente con triste ceño; y todos los músculos de su cara se encrepáron, pintandose alternativamente en ella el enojo y el dolor. Sacáron del templo á Teona, cuya alma sen-

sible y benigna no pudo resistir la vista de aquel triste espectáculo, y Arquias recobró luego su jovialidad. Veinte y cinco años ha que está así, porque tiene cerca de cincuenta; pero ni el cuidado de lo futuro, ni la cercanía de la vejez perturban su alegría ni sus amores. — Seria lástima, repuse á Filotas, volverle lo que llamamos razon, porque con ella no lograria mas que pesares é inquietudes.

En aquel instante venia ácia nosotros Crisila, triste, pensativa y temerosa. « ¡Ay! exclamó Filotas : ¡ véla allí ! ¡ cuantas culpas tiene que perdonarme ! voy á echarme á sus piés. » Hizose la reconciliacion, porque Crisila perdonó fácilmente. Confundiéronse sus llantos y caricias, y con ternísimas protestas selláron aquella paz que habia de ser inalterable.

En compañía de esta familia, que acaso era la mas dichosa de este globo, aguardé la vuelta de la primavera. La dulce templanza del aire, y la alfombra verde con que la tierra se cubria, anunciaban su llegada. ¡ Quien no olvidaria por algunos momentos su tedio y su miseria con la dulce serenidad de un bello día del mes de Muniquion (Abril), y con el aspecto del campo, risueño con flores y yerbas, oyendo el armonioso coro de los pájaros !

Determiné entónces seguir los consejos de

Lastenia, é ir á estudiar las costumbres y los usos de las naciones, empezando mis viages por el templo de Delfos, para consultar su oráculo sobre mi futuro destino. Este proyecto no se conformaba con la doctrina que habia yo aprendido en Atenas, donde las gentes ilustradas y de trato fino dejaban los oráculos y las preocupaciones supersticiosas para lo comun del pueblo. Pero el entendimiento humano es un estraño compuesto de debilidades, de razon y de inconsecuencias. Yo no creia en los oráculos, ó á lo menos lo imaginaba así; pero, con todo, mi curiosidad queria consultarlos.

Oprimido el ánimo de tristeza, me despedí de mis amables huéspedes, los cuales me acompañáron un gran trecho. Dandonos los últimos abrazos, llorábamos todos. El buen Diocles estrechandome en sus brazos me dijo : « Ya no os veré mas, porque mi tumba está abierta ; pero si pasáreis otra vez por Oropa, venid á echar en ella algunas flores, y á hablar de mí con mis hijos. »